



a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15-10-2022

«Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humildad de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí: su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación» (Lucas 1, 46b-50).

A mediados de octubre -después de haber celebrado la memoria litúrgica de la Virgen María del Rosario el día 7 (fiesta unida a la victoria de Lepanto, ocurrida el 7 de octubre de 1571)- queremos sumarnos a la alabanza y a la bendición, elevada por María al Señor, reconociendo las "grandes cosas" que hizo por Magdalena Aulina y por todos nosotros. Envueltos en la misericordia del Padre, juntos reconocemos y llamamos a María "bienaventurada", como lo hicieron las "generaciones" que nos precedieron. Y nos situamos en la escuela de María, para dejarnos introducir en la contemplación de la belleza del rostro de Jesús y en la experiencia de la profundidad de su amor.

En este mes, particularmente dedicado a la Virgen María (como también lo es el mes de mayo), nos dirigimos a ella con el santo Rosario, que es "el Credo hecho oración" y "el compendio de todo el Evangelio": de él, en efecto, se deriva la formulación de los misterios que se contemplan y las oraciones que se rezan. El Rosario es una manera de rezar que la Iglesia sabe que agrada a Nuestra Señora. Estamos invitados a recurrir a él incluso en los momentos más difíciles de nuestra peregrinación terrena. Es una oración sencilla, pero muy hermosa para penetrar en los misterios de Jesús y de su Madre y nuestra.

El alma y sustancia del Rosario es la oración del "*Ave María*", con la que saludamos a la Virgen "llena eres de gracia", invitándola a "gozar", porque el misterio le es revelado y dado. El "*Ave María*" es una de las oraciones más bellas y conocidas por el pueblo cristiano, que acude a ella para cada necesidad, se encomienda a ella y le implora.

En el Rosario se repite muchas veces el "*Ave María*", hasta formar una "corona", como si cada "*Ave María*" fuera una rosa para ofrecer a la Virgen como signo de nuestro amor filial, de nuestra devoción, de nuestra petición de ayuda. En particular, le pedimos que ore por nosotros "ahora y en la hora de nuestra muerte", seguros de que María, como Madre de Dios y Madre nuestra, estará con nosotros en ese momento, a nuestro lado, y nos tenderá su mano en nuestro paso de esta vida a la otra.

La devoción a María fue la fuerza de Magdalena Aulina, que encontró en ella inspiración, seguridad, consuelo, ayuda y esperanza. Magdalena estaba segura de que quien se encomienda a María no teme nada y todo lo puede. En la canción "¡Madre mía!", inspirada por ella, se le pide a la Virgen: "Como si fuera estrechándote la mano, apretando el rosario con la mía, cada cuenta te indique un 'yo te amo', que me funda contigo, ¡Madre mía!". Y también: "Madre mía serás eternamente. Madre eres al verme desterrado. Madre nuestra y de Dios omnipotente, que por Madre de todos te ha dejado. Mas si ves que coger intento en vano el rosario o la cruz en mi agonía, o sin fuerzas cayeran de mi mano, que hallen, entonces, la tuya, ¡Madre mía!".

La antigua piedad popular propone, con el rezo de todo el Rosario, recorrer un camino de quince misterios: de gozo, de dolor, de gloria.

La meditación de los misterios gozosos alegra nuestro amor filial y nos inunda de gozo. María es elegida para ser el primer tabernáculo de la tierra; llena de caridad, va a visitar a su pariente anciana y encinta; vive el misterio del nacimiento del Hijo en la pobreza y en la humildad; lo presenta en el templo, pidiendo ser purificada; y en el templo lo encuentra de nuevo, maestro entre los doctores.

La meditación de los misterios dolorosos, que María padeció y sufrió con Jesús, nos provoca dolor y llanto, pero también arrepentimiento por nuestros pecados, empujándonos a buscar el perdón misericordioso del Padre. Meditando estos misterios, revivimos el amor de Jesús, que "suda abundante sangre y carga sobre sí nuestra infidelidad"; es flagelado; es coronado de espinas; lleva la cruz por nosotros y en nuestro lugar; sediento de amor, en la cruz "entrega su espíritu".

La meditación de los misterios gloriosos nos llena de alegría y de fuerza, porque nos hace vislumbrar la gloria que nos espera. Su contemplación se convierte en invocación, para que la gloria de María sea la gloria y la alegría de quienes le rezan. Nos hacen revivir el misterio de Jesús resucitado; de él a la derecha del Padre; de él que da el Espíritu a la Iglesia naciente; de María asociada a la gloria del Hijo; de ella coronada reina.

El Papa Juan Pablo II sugirió agregar otros cinco "misterios de luz" a los quince misterios del Rosario. También Magdalena -y lo testimonia una canción - propuso a sus hijas y a sus hijos espirituales meditar y venerar cinco misterios particulares de la vida de María, patrona especial del Instituto.

El primer misterio para contemplar y rezar es el de su Inmaculada Concepción: "Bendita mil veces tú seas, María; de gracia inundada, prodigio de Dios". Porque "eres criatura que al orbe demuestra el poder supremo de quien te creó. Contigo ha formado Dios su obra maestra y te eligió para colaborar con el Redentor". La alabanza se dirige a ella, hija del Padre eterno, madre del divino Hijo, esposa del Espíritu Santo. Alabándola, se formula el propósito de "mirar siempre a lo alto", viviendo en la pureza.

El segundo misterio mariano es el de su Presentación en el templo. Es un misterio de silencio y de ocultación, porque sólo Dios es testigo de la santidad de María. Ya totalmente unida a él, porque por él ha sido elegida y llamada, María se le ofrece y se le entrega para ser su sierva. De ella debemos aprender la lección de la espera del momento oportuno, de la gratitud por el don de la llamada, de la prioridad en las elecciones que hay que cumplir.

El tercer misterio, objeto de alabanza y de meditación, es el de la Maternidad divina de María. Ella es "la Madre del Sagrado Corazón", la dulce madre amada, que ofrece a Jesús, que es Amor. Dios nos la dio como tesoro precioso. Para nosotros es guía y brújula. Ella nos toma de la mano para conducirnos a su Hijo.

El cuarto misterio es el de la Virgen de los Dolores. Tiene en brazos a su Hijo muerto, le cierra los ojos y los labios, le besa las manos, que ya no le abrazan. Pero no llora de dolor. Más bien, llora por la traición y la infidelidad de Judas y de los otros apóstoles. Pero el llanto y el dolor son semilla de la mayor gloria de Dios: "Los dolores de María son alimento vivo para el alma que los medita, fuente de gracias y de divinas ternuras para quien lo practica; son camino seguro que os llevará a descubrir cuán grande es el amor que nos tiene nuestra santísima Madre" - decía Magdalena.

El quinto misterio es el de María madre de la misión. Las olas del mar envían un mensaje: son como almas que esperan el Evangelio y a sus apóstoles. Y he aquí la oración de Magdalena: "Quiero, oh Virgen María, navegar en tus mares; para poder cruzarlos hay una nave vacía, que se cansa de esperar. Si algo impide mi camino, dadme pronto la libertad". ¡Aquí está contenida toda su ansia misionera, su sed de saciar "la sed de almas" que tiene Jesús!

Como María, también nosotros repetimos nuestro "fiat", junto a Magdalena Aulina, permaneciendo confiados en las manos del Señor. El "fiat" de María a la voluntad del Padre es "el semáforo en luz verde" para continuar nuestro camino día tras día.

Magdalena decía: "Miremos a María". Hoy queremos confiarle este mundo nuestro, para que ella, que ha experimentado lo "imposible de Dios", nos ayude: ¡lo que parece imposible a los hombres, que lo haga posible ella, la reina de la paz!

